

mala digestión o de una influencia atmosférica. Difícilmente me hubiera acudido esta idea; pues, salvo un poco de fatiga y de mal humor, no me sentía en modo alguno indispuerto.

Bien resuelto a no envanecerme delante de nadie por aquella aventura, me acosté y dormí perfectamente hasta la hora en que Bautista llamó a mi puerta para avisarme que se acercaba el momento del almuerzo. Me levanté para abrir, después de haber comprobado que el cerrojo no se había descorrido, continuando tal como lo dejé al acostarme; hice por segunda vez igual observación en la otra puerta de mi cuarto, conté las gruesas armellas de hierro que sujetaban las planchas de la chimenea; busqué en vano la posibilidad y los indicios de una puerta secreta.

—Y, de todos modos, ¿para qué?— me decía melancólicamente, mientras Bautista me empolvaba el cabello; ¿no

he visto, acaso, un objeto que carecía de consistencia, un ropaje o un sudario que se desvanecía en mi mano?

A no ser esta última circunstancia, hubiera podido atribuirlo todo a una burla de la señora de Ionis; pues supe por Bautista, que había regresado la víspera hacia media noche.

Esta noticia me distrajo de mis inquietudes. Cuidé mi traje y mi peinado. Algo me contrariaba que mi profesión me obligase a vestir de negro; pero tan hermosa era la ropa blanca y tan bien cortados los trajes de que mi madre me había provisto, que me encontré, en suma, bastante presentable: no era feo ni contrahecho. Me parecía a mi madre, que había sido muy hermosa; y sin ser vanidoso, estaba acostumbrado a ver en todas las miradas la favorable impresión que produce una fisonomía agradable.

Cuando entré en el salón, encontré ya allí a la señora de Ionis. Vi, en efec-

to, una mujer encantadora, demasiado baja para haber figurado personalmente en mi trío de espectros. No tenía, por otra parte, nada de fantástico ni de diáfano. Era una belleza del género real, fresco, alegre, vivo, que llevaba graciosamente lo que se llamaba, en el estilo de la época, una amable robustez, que hablaba de todas las cosas con sutileza y propiedad, que dejaba apuntar una gran firmeza de carácter bajo su gran dulzura de modales.

Me bastó un poco de conversación con ella, para comprender cómo, gracias a tanta finura y a tanta resolución, franqueza y habilidad, conseguía vivir en buena inteligencia con un mal marido y con una suegra muy corta de alcances.

Apenas había comenzado el almuerzo, cuando la viuda, después de examíname, declaró verme pálido y enfermo, aunque yo hubiese olvidado bastante mi aventura para comer con buen

apetito y sentirme dulcemente conmovido por las amables atenciones de la hermosa señora.

Acordándome entonces de las recomendaciones de Ceferina, apresuréme a decir que había dormido bien y tenido sueños muy agradables.

— ¡Ah! ¡estaba segura de ello! — exclamó la anciana señora con ingenuo encanto. — ¡Siempre se tienen buenos sueños en esa habitación! ¿Nos dirá usted los suyos, señor Nivieres?

— Han sido muy confusos; creo, sin embargo, recordar una dama...

— ¿Una sola?

— ¡Dos quizás!

— ¿Quizá tres también? — dijo la señora de Ionis sonriendo.

— ¡Precisamente, señora, usted me recuerda que eran tres!

— ¿Bonitas? — preguntó la viuda radiante.

— Bastante bonitas, aunque un poco pasadas.

—¿De veras?—continuó la señora de Ionis, que parecía entenderse con los ojos de Ceferina, sentada al extremo de la mesa, para darme la réplica.—¿Y qué le han dicho a usted?

—Cosas incomprensibles. Pero, si es que ello interesa a la señora condesa viuda, haré lo posible por recordarlas.

—¡Ah! mi querido joven—dijo la viuda,—esto me interesa hasta un extremo que no sabría decirle. Se lo explicaré en seguida. Empiece usted por contarnos...

—Contar me será muy difícil, ¿Acaso puede contarse un sueño?

—¡Quizá sí! ayudándole en sus recuerdos—dijo con gran serenidad la señora de Ionis, resignada a halagar la manía de su suegra;—¿no le han hablado a usted de la futura prosperidad de esta casa?

—Me parece mucho que sí, efectivamente.

—¡Ah! Ya lo ve usted, Ceferina—

exclamó la viuda.—¡Usted que no cree en nada! y ¡apuesto a que han hablado del pleito! Diga, señor Nivieres, ¡dígalolo todo absolutamente!

Una mirada de la señora de Ionis me advirtió que no debía contestar. Declaré no haber oído en mis sueños una sola palabra del pleito. La viuda pareció muy contrariada por ello, aunque no tardó en tranquilizarse diciendo:

—¡Todo llegará! ¡todo llegará!

Este *todo llegará* me pareció sumamente descortés, a pesar de haber sido pronunciado con optimista benevolencia. No sentía el menor deseo de empezar de nuevo una noche tan mala; pero tampoco tardé en resignarme cuando la señora de Ionis me dijo a media voz, mientras la viuda disputaba con Ceferina sobre su incredulidad:

—Es usted muy amable en prestarse al capricho de actualidad en nuestra casa. Espero que, en efecto, sólo tendrá aquí, buenos sueños; pero no está

usted obligado a ver todas las noches a esas tres señoritas. Basta que hable hoy de ellas, sin reirse, a mi excelente madre política. Esto le causa gran satisfacción y no compromete su valentía. Todos nuestros amigos están decididos a verlas para vivir en paz.

Quedé indemnizado, y aún bastante electrizado por el tono de confiada intimidad que adoptaba conmigo aquella mujer encantadora, para recobrar mi ordinaria jovialidad; durante todo el almuerzo me presté a ir encontrando poco a poco el recuerdo de las cosas maravillosas que me habían sido reveladas. Prometí, sobre todo, largos años de vida a la viuda, de parte de las tres damas verdes.

—¿Y mi asma, caballero?—me dijo —¿le han revelado que curaría?

—No me han dicho esto precisamente; pero me han hablado de larga vida, de fortuna y de salud.

—¿De veras? Perfectamente, no

pido más al Dios de misericordia. Y ahora, hija mía—dijo a su nuera,—tú que hablas tan bien, comunica a este amable joven la causa de sus sueños, y cuéntale la historia de las tres señoritas de Ionis.

Me hice el sorprendido. La señora de Ionis pidió el permiso de confiarme el manuscrito, que no había redactado con otro objeto, dijo, que el de dispensarse de repetir con demasiada frecuencia la misma historia.

Había terminado el almuerzo. La viuda se fué a hacer la siesta.

—Hace mucho calor para ir al jardín a esta hora—me dijo la señora de Ionis,—y no obstante, no quiero hacerle trabajar en este maldito pleito al levantarse de la mesa. Si quiere usted visitar el interior de la residencia, que es bastante curiosa, le serviré de guía.

—Aceptar esta invitación es propio de indiscretos y de mal educados, y sin embargo, estoy muriendo en deseos de hacerlo.

—Pues bien, no muera usted y venga—dijo con adorable jovialidad.

Pero añadió en seguida, con el acento más natural:

—Ven con nosotros, mi buena Ceferina, nos abrirás las puertas.

Una hora antes, la escolta de Ceferina me hubiera sido muy agradable; pero no me sentía ya tan tímido al lado de la señora de Ionis, y confieso que la presencia de esta tercera persona entre los dos me contrarió. No tenía yo, es verdad, ninguna especie de pretensión, ninguna idea impertinente; pero me parecía que a solas hubiera hablado con más sentido y amenidad. La vista de aquel rostro de plenilunio desazonaba todas mis ideas y estorbaba el impulso de mi imaginación.

Y además, Ceferina sólo pensaba en lo que yo hubiera olvidado con más gusto.

—Ya lo ve usted, doña Carolina—decía a la señora de Ionis al atravesar

la galería del entresuelo,—no hay absolutamente nada en el *cuarto de las damas verdes*. ¡El señor Nivieres ha dormido allí perfectamente!

—¡Vamos, hija mía! nunca lo he dudado—contestó la joven.—¡No tengo por loco al señor Nivieres! Lo que no me impedirá pensar que el padre Lamyre ha visto algo.

—¿Lo cree usted?—dije un poco conmovido.—He tenido el honor de hablar algunas veces con el padre Lamyre; no le creía más loco que yo mismo.

—No lo es, caballero—repuso Ceferina,—no es más que un bromista que cuenta locuras con seriedad.

—¡No!—dijo la señora de Ionis con decisión;—es un hombre de talento que se exalta. Empezó por burlarse de nosotros contando cuentos de aparecidos. Era fácil entonces, no para nuestra buena viuda, sino para nosotras mismas, comprender que bromeaba. Pero

quizás no es bueno bromear más de lo justo con ciertas ideas locas. Yo tengo la certeza de que una noche tuvo miedo, pues desde entonces nada ha bastado para decidirle a volver a aquella habitación. Pero hablemos de otra cosa; pues estoy segura de que esta historia tiene ya hartito al señor Nivieres; por mi parte, estoy de ella hasta la coronilla, y, puesto que le enseñaste el manuscrito de antemano, me creo dispensada de ocuparme más en este asunto.

—Es raro, señora—repuso Ceferina riendo,—¡ se diría que usted misma empieza, a su vez, a creer en algo! ¡ Voy a ser yo la única que se mantenga incrédula en esta casa!

Entrábamos en una capilla, y la señora de Ionis me relató su historia rápidamente. Tenía mucha instrucción y nada de pedantería. Enseñóme, explicándomelas, todas las salas importantes, las estatuas, las pinturas, los mue-

bles raros y preciosos que contenía la residencia. Hacíalo todo con gracia incomparable e inaudita complacencia. Ibame enamorando, como si dijéramos, a la vista, enamorándome hasta el punto de sentir celos a la sola idea de que era quizás tan amable para todo el mundo como lo era para mí. De este modo llegamos a una sala inmensa y magnífica, dividida en dos galerías por una elegante rotonda. Dábase a esta estancia el nombre de biblioteca, aunque sólo una parte de ella estuviese consagrada a los libros. La otra mitad era una especie de museo de pinturas y objetos de arte. La rotonda contenía una fuente rodeada de flores. La señora de Ionis me llamó la atención sobre este precioso monumento, que había sido retirado de los jardines recientemente para ponerlo al abrigo de la intemperie, preservándolo de accidentes posibles, con motivo de haberlo deteriorado ligeramente la caída de una

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RIVERA"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

gruesa rama durante una noche tempestuosa.

Era un peñasco de mármol blanco enlazado por monstruos marinos; encima de ellos, sobre la parte más elevada, veíase sentada con gracia una nereida, considerada como obra maestra. Atribuíase este grupo a Juan Goujón, o por lo menos a uno de sus mejores discípulos.

En lugar de estar desnuda, la ninfa aparecía castamente cubierta, circunstancia que permitía creer que era la efigie de una dama púdica que no quiso servir de modelo con el traje sencillo de las diosas, ni permitir que el artista interpretase sus formas elegantes para exponerlas a los ojos de un público profano. Pero aquellos ropajes que sólo dejaban al descubierto los brazos hasta el hombro, y la parte superior del pecho, no privaban de apreciar en conjunto el raro tipo que caracteriza a la estatuaria del renacimiento, las esbel-

tas proporciones, la delicada redondez, la finura en la fuerza, algo, en fin, más hermoso que la misma naturaleza, algo que empieza sorprendiéndonos como un sueño y que poco a poco va ganando el más noble entusiasmo de nuestro espíritu. No se sabe si estas bellezas han sido concebidas por los sentidos; pero es cierto que no los agitan. Parecen nacidas directamente de la Divinidad en algún Edén o sobre algún monte Ida del que no han querido descender para mezclarse en nuestras realidades. Tal es la famosa Diana de Juan Goujón, grandiosa, de aspecto casi pavoroso a pesar de la extremada dulzura de sus líneas, exquisita y monumental, movida como el vigor físico, y no obstante tranquila y quieta como la potencia intelectual.

Yo no había aún visto o notado nada de esta estatuaria nacional que quizás no hemos apreciado como lo merece, y que coloca a la Francia de esa época

al lado de la Italia de Miguel Angel. No comprendí de momento lo que veía; me encontraba, además, mal dispuesto para ello, por la comparación de aquel modelo sorprendente con la belleza menuda y redondeada de la señora de Ionis, un verdadero modelo Luis XV, siempre sonriente y más impresionante por el sentimiento de la vida que por la grandeza del pensamiento.

—Esto es más hermoso que la realidad ¿no es cierto?—me dijo haciéndome notar los largos brazos y el cuerpo de serpiente de la nereida.

—No lo veo así—respondí mirando con involuntario ardor a la señora de Ionis.

Esta no pareció notarlo.

—Quedémonos aquí—me dijo.—Se está muy fresco y muy bien. Si usted quiere, vamos a hablar de negocios. Ceferina, amiga mía, puedes dejarnos.

¡Por fin me encontraba a solas con

ella! En el espacio de una hora, sus hermosos ojos, naturalmente vivos y amantes, me habían dado el vértigo dos o tres veces, llegando a imaginarme que hubiera caído a sus pies a no estar allí Ceferina. Pero apenas hubo ésta partido, cuando me sentí encadenado por el respeto y el temor, y me puse a hablar del pleito con desesperada lucidez.
